Angeles del Seminario

Lo que debes hacer durante las vacaciones

Ya se acerca el verano.

Ya llega el tiempo en que los campos son verdes y ondulados y el viento inclina las espigas.

Los árboles se han despojado de sus flores y podéis ver los cerezos salpicados de rojos frutos, y los nísperos y los albaricoques cada día más dorados.

Los perales y los manzanos todavía tienen su fruta verde, pequeña, pero dicen:

— ¡Esperadnos! Nos falta poco.

Los trigales ya están pronto para la siega. Como lo estaban aquel día en que Nuestro Señor, sentado junto al pozo de Samaria, decía a sus discípulos:

— Levantad los ojos... Mirad los campos...

Y les explicaba que unos eran los que sembraban y otros cosechaban los frutos.

Las palabras de Jesucristo no pueden morir, como pasan las de los hombres; porque las de Jesús son divinas. Tienen infinitos matices para contemplar, para admirar, para atraer. Hoy podríais pensar que los trabajos, oraciones y sacrificios que sembráis, sin que nadie se entere, por el Seminario, serán magníficos frutos que vuestros seminaristas, convertidos en sacerdotes, se maravillarán de obtener.

Y que cuando los ofrecerán a Dios, El se acordará de vosotras con particular complacencia.

¡Pensadlo muchas veces durante vuestras vacaciones!

¡Pensadlo, ángeles, delante del Sagrario en vuestras visitas al Santísimo Sacramento!

Acercaos a recibir a Jesús en la Comunión, y rogadle por los sacerdotes y seminaristas.

Un retrato del PAPA

El Príncipe Constantino de Baviera, ha escrito un libro con el título: "El Papa. Un retrato de su vida".

Y en una de sus páginas empezamos a leer:

"Onano es una pequeña localidad donde los Pacelli poseían un *castello*, o sea una residencia de verano, perezosamente tendida al sol sobre una colina. El pueblo está bastante próximo al lago Bolsena. En Onano no hace falta esperar mucho tiempo para que le hablen a uno del Papa. Me senté a la sombra del *castello*, sobre un peldaño. Coloqué el aparato fotográfico a mi lado, según acostumbran los turistas, me crucé de piernas, y esperé a que llegaran testigos de lo que allí había sucedido hacía bastantes años. Nuevamente fueron los viejos del lugar, los que no se cansaban de hablar del pequeño Eugenio, compañero de juegos de su juventud.

Todos los años, la familia Pacelli pasaba los meses de verano fuera de Roma, en Onano, que es mucho más fresco.

—Aún estoy viendo ante mí al pequeño Eugenio —me decía uno—, con su flequillo oscuro que le caía sobre la frente, un sombrero de paja en la cabeza, su cuellecito blanco y sus medias negras y los curiosos pantalones de aquella época que se abrochaban por encima de la rodilla.

—De adolescente se hizo alto y esbelto —dijo otro—. Le gustaba ir a nadar al lago, y andar por el bosque. También sabía montar a caballo, e incluso lo hacía muy bien. En algo, desde luego, se diferenciaba de los otros niños de su edad: casi siempre estaba solo, le gustaba mucho estar solo, aislado.

—¿Ya entonces? —pregunté.

—Sí, parecía que no necesitaba a nadie.

—También el Papa —dije— busca hoy la soledad.

Durante un instante, sobre el fondo de Onano, radiante de sol, con sus bajos techos y lomas onduladas, vi al Papa, solitario, en su silla gestatoria, solemnemente portado por encima de las cabezas de todos los hombres; como un iluminado, con su cara delgada, bajo el gran peso de sus vestiduras más solemnes y de la tiara.

—¡Nuestro Papa! —oí suspirar a una mujer—. ¡Cuando recuerdo que tuve la satisfacción de leerle de niño la historia de los mártires!, ¡cuando pienso en aquel chicazo de ojos grandes, que ahora es Papa! ¿Sabe usted lo que me dijo cuando le leí la historia de San Pedro, que había de ser su predecesor, y a quien el emperador hizo crucificar cabeza abajo?

La mujer sonrió silenciosa ante sus recuerdos, levantando sus dos manos arrugadas de anciana laboriosa, como para atestiguar la verdad de sus palabras.

—Pues bien, Eugenio me dijo: "También yo quisiera ser mártir, pero sin clavos, que hacen mucho daño".

Otra mujer refirió:

—Otros niños de su edad jugaban a tiendas, pero Eugenio jugaba a decir misa.

Y entonces me trajeron una fotografía, salida de no sé dónde, tal como se hacían antiguamente. La imagen representaba a los dos niños, Francesco y Eugenio Pacelli, rodeados de sus amigos y compañeros de colegio."

Eugenio, el que jugaba a decir misa; el niño del chaleco abotonado hasta arriba, con una chalina de lunares en vez de corbata; el joven de rostro sereno pero de expresión extraordinariamente pensativa; el monseñor alto y delgado que llevaba los asuntos más graves en el pontificado de Pío XI..., ha llegado a ser el representante de Jesucristo y sucesor de San Pedro. El Padre Santo, Pío XII, es mártir sin clavos, que sonríe, atiende, bendice...

Aquella tarde de Ana María

Ana María estaba asombrada.

Nunca había visto tan de cerca al Padre.

La capilla estaba llena, y asistía a la bendición del Santísimo desde la capillita lateral.

Aquella tarde se dió cuenta de que el Padre era muy viejecito y le temblaban las manos; que se apoyaba con todas sus fuerzas en el altar para hacer las genuflexiones, y que subía y bajaba las gradas muy despacio y con mucha dificultad.

Escuchó como cantaba el *Oremus* con una voz apagada, trémula, débil. Apenas se oía, porque el organista tocó y el coro contestó *Amen* antes de que hubiera terminado la oración.

Pero el sacerdote viejecito no se enfadó, ni siquiera se volvió para echar una mirada de reproche al organista. El ya lo sabía que su voz no tenía fuerza. Ni sus brazos. Ni sus pies.

No era así cuando cantó su primera Misa. El templo vibró con su voz juvenil y firme. Las notas, seguras, dominaban su emoción.

Cuando era Vicario y tenía que hacerse respetar de toda la chiquillería que acudía al Catecismo, nadie se atrevía con él, porque era fuerte y muy ágil.

Más tarde, en su primera parroquia montañera, un día llevó el Viático a un enfermo que agonizaba muy lejos, en lo más alto de un monte, porque era pastor y vivía con su hijo en una cabaña solitaria. Llovía, y el agua había borrado los caminos, y hacía un frío intenso. Pero él subió sin desmayos. Llegó a la cabaña del pastor, que lloraba de pensar que el señor Párroco no podría llevarle Nuestro Señor, y él no tendría fuerzas para morir resignado, porque su rebaño era muy hermoso y su hijo muy joven...

Todo eso no lo sabía Ana María. Ella sólo veía que el pobre Padre apenas podía levantar la custodia grande y rica. La arrastraba por encima del altar, y la sostenía apretándola fuertemente con sus manos.

El monaguillo tocaba la campanilla entusiasmado.

El incienso envolvía el altar, el sacerdote, los cirios, los candelabros relucientes.

La custodia, como una gran estrella, se movía majestuosamente, siguiendo muy despacio la forma de una cruz, ante los fieles que rezaban y adoraban.

Sobre todos ellos descendía la bendición amorosa de Nuestro Señor.

También sobre Ana María, que rezaba por el Padre viejecito, porque le daba mucha pena, y por todos los sacerdotes y seminaristas que un día serían ancianos y no podrían levantar firmemente la custodia.

Pero Dios hizo sentir una alegría muy grande a su sacerdote que ya no tenía vigor en la voz, ni en las manos, ni en los pies. Y cuando pausadamente se dirigía a la Sacristía, unas palabras de San Pablo le cantaban en el corazón:

"He combatido un buen combate.

"He consumado mi carrera.

"He conservado la fe y me queda la corona de justicia que me dará mi Señor, que es Juez justo..."

¡Que haya muchas niñas, como Ana María! Procurad todas, durante el verano, de ir buscando otras niñas que sean Angeles del Seminario. Que como vosotras recen y se sacrifiquen por los seminaristas y sacerdotes.

Recepción de Angeles del Seminario

en el Colegio de la Presentación de la Santísima Virgen (Rosellón, 240)

Desde algún tiempo los días se nos hacían largos, muy largos, en espera de ser recibidas en la Congregación de Angeles del Seminario.

Por fin, el sábado de Témporas de Pentecostés, de manos del Rdo. P. Vicerrector del Seminario, recibimos la medalla y la cinta encarnada, previa la celebración de la Santa Misa en la Capilla del Colegio.

Fué leída por una de nosotras la consagración que concreta el espíritu del ritual hermosísimo de la recepción de Angeles.

Todos los años, en estas fechas, se celebra este acto íntimo y arrebatador, que a nosotras nos ha parecido todavía más solemne e importante...

Al terminar, el Padre nos dirigió un sermón, recordándonos los días más santos y memorables de nuestra vida: el de nuestro Bautismo, la Primera Comunión y, ahora, el momento solemne en que pasamos a ser Angeles del Seminario.

Debemos hacer honor a nuestro nuevo nombre: ángel, palabra hermosa si las hay y muy significativa. Angel para confortar y consolar como aquel que se apareció al Señor en la terrible noche de su agonía; ángel para obedecer como aquel que transmitió a la Santísima Virgen el mensaje más sublime de la tierra.

Debemos, pues, practicar las virtudes propias de un ángel: obediencia, pureza, caridad. Nuestra nueva misión nos pide también orar y sacrificarnos por las vocaciones sacerdotales. ¿Qué sería del mundo si no hubiera sacerdotes? Ellos son la luz del mundo, la sal de la tierra. Desde hoy, pues, nosotras, los Angeles del Seminario, rezaremos cada día para que el Señor de la mies envíe santos sacerdotes y nos sacrificaremos por ellos, cada vez que el cumplimiento de nuestros deberes de colegialas, nos exija un esfuerzo. Pensando en la alta misión del Sacerdote, sacudiremos la pereza y combatiremos la movilidad propia de nuestros cortos años para consolar un poco el Corazón de Cristo tan afligido por los pecados de todos.

HIMNO DE LOS ANGELES DEL SEMINARIO

Tus ángeles, Señor,
Que por tu Seminario
Trabajan con amor.
Al pie de tu Sagrario
Se postran con fervor.

Oh, tu, Padre del Cielo
Dale a Su Santidad
Nuestro Padre, en el suelo
Tu amor de Caridad
Tu paz y Tu consuelo.

Como de un incensario
De nuestro corazón
Suba a tu santuario
Esa humilde oración
En pro de tu Vicario.

Dale tu bendición...
Generoso contigo
Te ofrecemos, en don
Doble grano de trigo
Plegaria y oblación.

Y manda por favor,
Oyendo nuestras preces,
Más obreros, Señor,
Para cuidar tus mieses,
Divino Sembrador.

OBRA PONTIFICIA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES DIOCESIS DE BARCELONA

ANGELES DEL SEMINARIO

ORGANO DE LA OBRA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES DE LA DIOCESIS DE BARCELONA

SEMINARIO CONCILIAR. - DIPUTACION, 231 - TELEFONO 21 65 69
UNION DIOCESANA DE LAS JOVENES DE ACCION CATOLICA. - RAMBLA CATALUÑA, 32 - TEL. 21 60 66 - BARCELONA

AÑO XV — JUNIO DE 1955 — NUM. 86

(Con licencia eclesiástica) 44328 - ALTÉS, S. L.